

¿Qué se percibe cuando se percibe? Realismo y Teoría de los Datos Sensoriales

What is it perceived when it is perceived? Realism and the sense-data theory

Palabras clave: percepción; realismo; mente; mundo; datos sensoriales.

Keywords: perception; realism; mind; world; sense data.

Miguel Ahumada Cristi

Doutor pela Universitat de Barcelona
Professor pela UNILA, Ciclo Comum de Estudos, Foz do Iguaçu, Brasil

miguel.ahumada.cristi@gmail.com

Resumen

Diversas teorías, incluso opuestas, se han enfrentado en torno al problema de cómo percibimos y qué es realmente lo que percibimos. Son dos las esenciales. Una de ellas es el *realismo directo*, que sostiene que los objetos percibidos son físicos; la otra, la *teoría de los datos sensoriales*, que afirma que los objetos percibidos son no-físicos, sino datos que nos entregan los sentidos acerca de los objetos, que fuera de nuestra mente son, en efecto, físicos. En este artículo, pondremos en una balanza estas posturas con el fin de dar mejor cuenta de qué y cuán real es lo que percibimos.

Abstract

Several theories, including conflicting ones, have addressed the issue of what we really perceive, and how. Two of them are essential. One is the direct realism, which claims that perceived objects are physical; the other one, the sense-data theory, claims that perceived objects are non physical, but are rather data that provides us with the meaning of objects which, outside our minds, are in fact physical. In this article we will balance these stances in order to better comprehend what and how real are objects perceived by us.

Introducción al problema

Es común pensar que el conocimiento que tenemos de la realidad física proviene de las aprehensiones que de ellas hagan nuestros sentidos. La capacidad de percibir, entonces, es lo que permite conectarnos directamente con el mundo exterior, es decir, con el mundo que es independiente de nuestra mente. Y se entiende la percepción como el proceso mediante el cual damos interpretación, valor y significado a los objetos captados por nuestros sentidos.

También se piensa que nuestra naturaleza nos ha hecho seres percipientes, pues nos conectamos con el mundo exterior a la mente por medio de percepciones que generan una idea acerca de los cuerpos percibidos. Por ello es que se asumen como reales todas las características que los cuerpos poseen, como colores, tamaños y formas. En efecto, se

suele asumir como real todo aquello que percibimos, aunque, obviamente, la aprehensión del objeto es un acto nuestro independiente del objeto percibido, es decir, de lo que el objeto realmente es. En ese sentido, no será algo real aquello que pareció ser a nuestros sentidos, y no era. A los objetos se les atribuye el carácter de real cuando son percibidos en forma tal que entendemos que lo percibido "es como es" y no como "creíamos que era". La "realidad" del objeto es suya, solo a él pertenece, y de esta forma es que se lo asume, luego del acto de percepción, como dueño de todas sus características.

Sin embargo, en la historia de la Filosofía esta cuestión ha sido un problema de suyo importante, pues en el caso de "ver lo real" a través de los mecanismos de la percepción no se puede dejar de tener en cuenta que los objetos son independientes del ámbito mental. El problema, por lo tanto, surge precisamente de la independencia natural de los objetos con respecto a la mente.

¿Qué es lo real?

Solemos llamar real a todos los objetos o cuerpos que se encuentran en nuestro horizonte perceptual, sea cual fuere la forma de cómo los percibimos. En otras palabras, lo real sería todo aquello que se presenta al sujeto, ya sea por medio del tacto, de la vista, del olor, del sabor o del oído. Por ello es que comúnmente pensamos que un objeto "A" será "A" en cuanto "A", y será "A" también cuando es dejado de percibirse, puesto que se asume que los cuerpos tienen existencia independiente de la mente, la fuente de la percepción.

Jaime Balmes (1968) señala que la percepción puede ser sobre objetos reales o posibles. Sostiene, además, que si se trata de objetos reales la perfección del acto de percibir consistiría en apreciar a tales "como son en sí mismos". En relación a los objetos posibles, piensa Balmes que la calidad máxima de la percepción consistiría en apreciarlos "como deben ser". Sin embargo, ¿será cierta esta visión de lo real y lo posible? Bertrand Russell (2014: pp. 1-10), plantea varios interrogantes que ponen en tela de juicio la aseveración de Balmes. En la línea del filósofo inglés, ocuparemos algunos de sus ejemplos: si miramos una mesa, sabemos que es una mesa porque ya hemos visto otras. No obstante, se pregunta Russell, ¿aquella mesa es como la percibimos? Aparentemente se ve lisa, y si al tocarla nuestra sensación nos indica que efectivamente es lisa, creemos que lo percibido es lo que parece ser, i. e., "una mesa lisa". Pero si la miráramos con un microscopio, de seguro nos daríamos cuenta que tiene cavidades y porosidades; entonces, como tal, ante nuestra percepción la mesa es lisa, pero lo "real", que tratamos de escudriñar ayudados de un instrumento que amplió nuestra visión, es que no es lisa. Si tuviéramos la opción de ampliar muchísimo más el lente del microscopio llegaríamos a su atomicidad, lo que nos daría la información objetiva que lo que llamábamos "mesa" es una composición de millones de partículas cuya percepción es imposible a simple vista, aunque sí lo es tras el esfuerzo de percibirla en la forma mejor posible.

Lo mismo sucedería si experimentáramos con el color de la mesa, puesto que todo color depende del modo de reflejarse la luz. En cuanto al color, Russell señala que

"(...) no es algo inherente a la mesa, sino algo que depende de la mesa y del espectador y del modo que cae la luz sobre la mesa. Cuando en la vida hablamos del color de la mesa, nos referimos tan solo a la especie de color que parecerá tener para un espectador normal, desde el punto de vista habitual y en las condiciones usuales de luz (idem: p. 5)".

A través de esta cita, podemos deducir que concurren al color de la mesa dos condicionantes fundamentales: la luminosidad que cae sobre ella y el color que al espectador le parecerá real. David Hume (1984), en este caso, diría que todo conocimiento se reduce a posibilidad. El filósofo escocés, a nuestro juicio, en esta observación coincide con el pensamiento de Russell, porque de un cuerpo percibimos características o cualidades variadas, según sea la forma de cómo se lo mire. Por ello es que Russell apuesta a que "los sentidos no parecen darnos la verdad acerca de la mesa, sino tan solo sobre la apariencia de la mesa" (2014: 6). De este modo, la mesa no es aquella que nos entregan los sentidos, sino que aparenta ser un objeto que llamamos "mesa". ¿Entonces cuál es la mesa real, y qué tipo de objeto es? Es posible pensar que en nuestra mente "la mesa real" ha nacido solo de los datos que nos han entregado nuestros sentidos, cuestión que, con relación al problema de la percepción en comento, da sustento a la "teoría de los datos sensoriales" (TDS).

Hasta aquí, hemos visto que existe la propuesta que los objetos son datos que nos entregan los sentidos, que hemos expuesto con el objeto de contraponerla a las teorías que arguyen que más que datos sensoriales sobre los objetos, estos son cuerpos físicos totalmente independientes del ámbito mental. Una de estas teorías sostiene que todo cuerpo percibido es un ente¹ físico, pues, precisamente, se puede percibir mediante los sentidos. A través de este acto, es posible apreciar y experimentar sus características, como tocarlo, olerlo o simplemente ver su forma. La forma que se percibe se hace real mientras más experimentamos con ella. Por ejemplo, vemos una copa fina y pequeña y a su lado un gran vaso cervecero. Con estos datos, al levantar la copa la tomaremos de una forma distinta a la manera de tomar el vaso de cerveza, pues ambas formas o datos se presentan a los sentidos de manera diferente. Por eso, al levantarlos, ocuparemos un método distinto para cada uno de ellos. Por lo tanto, todo lo anterior nos indica que los objetos son físicos en la medida que los percibimos y experimentamos con ellos. No obstante, al decir esto, implícitamente no se niega que existan los datos que entregan los sentidos y que estos nos dan opciones sobre cómo apreciar lo "real". Y es precisamente en este punto donde debemos hacer el interrogante clave: ¿los cuerpos percibidos pertenecen a la realidad, en tanto se entiendan como entes físicos; o la realidad es percibida por medio de datos sensoriales, en tanto se entiendan los cuerpos como entidades no-físicas? Confiamos en que es en la experimentación del fenómeno, esto es, en la percepción de un

¹ Cuando se observe la palabra "ente", entiéndase desde su voz griega: "aquello que es" (cosas materiales o ideales)

cuerpo, desde donde se puede entender este conflicto. Por ello, a lo largo de este trabajo nos apoyaremos constantemente de ejemplos empíricos, fácticos.

El realismo

Es común pensar que todos los objetos físicos tienen forma, color y otras características que los definen. Esto es innegable para nuestra tendencia natural de asumir el mundo externo. De acuerdo a Menanteau (1979), el Obispo Berkeley aseguraba que si existen las cosas es porque las percibimos, es decir, son porque se perciben. Por lo tanto, si no las percibimos dejarían de ser, puesto que las cosas son en la medida que asumen el carácter de idea; es decir, solo pueden existir en nuestra mente con todas sus características. Entonces, si lo que percibimos solo puede existir en tiempo presente, no habrá cualidades de los objetos, ni tampoco un mundo externo más que en nuestro percibir. Es como si Berkeley nos condujese a aceptar que el único que percibe soy *yo*. Si así fuese, entonces también se puede asumir que el mundo que existe, con todos sus entes, no es más que *mi* percepción. Esta noción conduce al solipsismo, i.e., un yo como único percipiente.

Para defender su postura, y no caer en un solipsismo absoluto, Berkeley se limita al hecho de probar que existe otro ser capaz de percibir al mundo, el Dios de la tradición judeocristiana. Sería, entonces, Dios quien nos otorga la capacidad de percibir imágenes, así como del espíritu que permite percibir las. Pero este fundamento teológico parece insostenible, puesto que si *Esse est percipi* se niega cualquiera presencia, aceptando, sin embargo, a Dios (Menanteau, 1979). Incluso, se puede pensar que si no hay Dios, seríamos algo así como un ser solitario que vive en un mundo único (*yo*), alejado de todo lo demás, a pesar de la relación e interacción con lo externo.

En suma, si el objeto tuviese solo existencia cuando es percibido, declaramos que los objetos pertenecen solo a una idea de la mente. Se dice no a la existencia de los objetos fuera de ella; esto es, con mi percepción creo el mundo y eso niega la existencia continua de los cuerpos distintos a la mente y la percepción. La sociedad coetánea a Berkeley catalogó su solipsismo como descabellado e infundado, por cuanto no explica los problemas de la existencia y del conocimiento, crítica con la que simpatizamos. No obstante, es justo indicar que Berkeley abrió una disputa bastante interesante sobre qué es la realidad y cómo nos apropiamos de ella.

Hume (1984) se aproxima a Berkeley solo en cuanto la relación de los sentidos como presentadores de hechos y las características de los objetos simples, como los colores, sonidos, movimientos, forma, etc. Según Giannini (2005) alega Hume que no se puede fallar al empirismo no ateniéndose a los datos tal y como se dan en la experiencia; por ello es que calificó a Berkeley como inconsecuente consigo mismo.

Hume explica la existencia de los cuerpos en un sentido menos radical. Señala que nuestra naturaleza humana es tan insoslayable que nos lleva a pensar que el solo hecho de ver los cuerpos que nos rodean nos permite adjudicarle existencia. Dice: "la creencia es más propiamente un acto de

la parte sensitiva de nuestra naturaleza que cogitativa" (1984: p. 184). Entonces el percibir un objeto no necesariamente puede llevarnos a una realidad de existencia continua del mismo. Hume enfrenta este problema afirmando que,

"(...) si los objetos de nuestros sentidos continúan existiendo aun cuando no se los percibe, su existencia será desde luego independiente y distinta de la percepción; y viceversa, si su existencia es independiente y distinta de la percepción, los cuerpos tendrían que seguir existiendo aun cuando no se los perciba (idem, p. 188)".

Para resolver esta inflexión, el filósofo escocés hizo un examen de los sentidos, de la razón y de la imaginación. Entendió los sentidos simplemente como órganos que nos conectan de manera inmediata, y sin necesidad de intermediarios, con el mundo externo; la razón, como una facultad del entendimiento y no de la percepción; la imaginación, como ficción que produce la continuidad, en la conciencia, de alguna cosa percibida. Entonces, si es que existe la posibilidad de existencia continua de los cuerpos, esta se debería al fenómeno de la imaginación. Veamos:

Hume aclara que el hecho de que percibamos un objeto y nos hagamos una idea de él no es razón suficiente para pensar que este continúa existiendo mientras se deja de percibir. En efecto, naturalmente asumimos como verdadera esta suposición sin hacer mayores reflexiones. El filósofo escocés quiso mostrar que el hecho que los objetos sean percibidos no necesariamente puede conducir a la creencia en la existencia incesante como distinta de la mente. Aunque en lo común creemos esto último, para Hume tal fenómeno no es más que una *ficción* de la mente que luego de percibir 'algo' puede seguir trabajando con el objeto percibido, acción que se genera, al parecer, por la imaginación – y con ayuda de la memoria–

Sin embargo, a pesar que Hume ensaya bastante a favor de la imaginación como fenómeno que puede continuar la existencia del objeto, finalmente acaba negando que esto sea justificable e infalible, por el simple hecho que la mente no concibe algo distinto a nuestras percepciones. Entonces, asumimos los objetos como existentes distintos de la mente y la percepción solo al *fingir* por medio de la imaginación su existencia.

Yendo aún más lejos, Hume concluyó que tanto el filósofo como una persona de cualquier otro oficio son incapaces de demostrar efectivamente la existencia de los cuerpos, especialmente en términos de continuidad . De manera que nadie conseguirá elaborar una teoría concreta y absoluta que compruebe o niegue la existencia de estos. Finaliza: "*cualquiera sea nuestra opinión en este preciso instante, dentro de una hora estaremos convencidos de que hay un mundo externo y un mundo interno*" (idem, p. 218). Y si intentáramos dar una explicación fehaciente al problema, al final, volveríamos al mismo lugar donde empezamos.

En fin, Hume no se aventuró tanto a mostrar el porqué y el cómo asumimos la existencia, sino que puso sus mayores esfuerzos en aclarar el modo cómo concebimos la existencia incesante de los objetos fuera de la mente, puesto que la creencia en un mundo externo y continuo no es más que un hecho psicológico de nuestra naturaleza humana que nada tiene que ver con la razón y es, llanamente, automático. A esto último, sin duda, se le puede otorgar un carácter escéptico.

Ahora bien, el realismo intenta sostener que los objetos que percibimos sí pueden existir y tienen posibilidad de existir incluso cuando no son percibidos, cuestión que, por cierto, les otorga el significado de 'reales' y 'continuos'. En otras palabras, siempre, se los esté percibiendo o no, se les adjudicará el carácter de entidades físicas. Si pensamos en cuestiones cotidianas esto parece bastante lógico, por ejemplo: compramos una barra de chocolate y nos comemos solo unos cuadros, guardando el resto en la nevera. Si al cabo de unos minutos nos apetece comernos el resto, iremos a buscarlo pensando que tanto la nevera como el chocolate aún estarán ahí, y que estos cuerpos no se movieron ni cambiaron sus características (como el color o la forma). En efecto, si al abrir la nevera encontramos el resto del chocolate que dejamos, asumimos, aunque inconscientemente, que el chocolate es un ente real, i. e., un ente físico.

Este ejemplo, entre muchos que se podrían dar, nos dice que no existe duda que la mayor fuente de todo conocimiento es el cúmulo de datos que nos entrega la percepción; vale decir, los datos que los sentidos entregan a la mente nos dan la idea de lo que se percibe. Al respecto, John Locke, señala que la percepción es un acto propio del entendimiento, lo que significa que la percepción y la posesión de "ideas", es una y la misma cosa. Por otra parte, comúnmente todas las percepciones se asumen como verdaderas. Por ejemplo, si vemos un ave volar audazmente por el aire, aseveramos como realidad que aquel cuerpo que vuela es un ave, y que es precisamente un ave porque nuestra experiencia anterior de ave así nos lo indica. Además, es de suponer que lo visto es un objeto físico con las características de "ave", en tanto su existencia se da en el ambiente en que nosotros también nos situamos. A esta forma de ver el mundo externo se le llama "realismo directo", y que explicamos a continuación.

Realismo directo

Una buena explicación del realismo directo es la que nos da el filósofo Jonathan Dancy (1993). A su juicio, en el realismo directo todos los objetos son inmediatos y sin necesidad de refutación; "lo que se ve, es lo que es" y no podrá ser otra cosa que "lo que es", sin dar cuenta el porqué, pues todo lo que percibimos son objetos físicos porque se pueden percibir mediante los sentidos. Deducimos con ello que apreciar y experimentar las características de los cuerpos al tocarlos, olerlos o simplemente ver su forma, nos conecta con los objetos físicos, y esto es lo que los hace reales. Dancy aclara los dos tipos de realismo directo, el ingenuo y el científico. Veamos:

El realismo directo ingenuo plantea que "los objetos no percibidos pueden retener propiedades de todos los tipos que percibimos que tienen" (ídem:170). Con ello, el realista ingenuo pensará que un objeto percibido podrá retener todas sus características, como su forma o tamaño, aun cuando se deje de percibir. Pero para Dancy, esta ingenuidad es refutable por el solo hecho de citar la palabra "todas", porque "todas", lenta o rápidamente, pasan a ser "casi todas", "la mayoría", incluso, se puede llegar a decir "algunas". Solo recordemos a David Hume (1984) cuando se refería a la constancia y a la coherencia de los objetos en las experiencias

visuales interrumpidas. A juicio de este filósofo, esto nos hace pensar, como una inclinación natural, que siempre son los mismos a pesar de dejar de percibirlos y a pesar de que en más de una ocasión la experiencia nos ha demostrado que cambian constantemente. Por cierto, John Searle (2004) sostiene que Hume creía que el realismo ingenuo es tan "ingenuo" que ni siquiera se tomó el tiempo de desmentirlo.

Desde otra perspectiva, el realismo científico directo no acepta los argumentos del realismo ingenuo. Este realismo admite que la existencia de estas características depende del percipiente, puesto que el objeto solo tiene estas características cuando se relacionan con el perceptor. Para este realismo, todos los objetos que percibimos dependen no solamente del estado del cuerpo, sino también del medio que lo circunda (especialmente la luz) y del estado del percipiente.

Para entender mejor esto, fijémonos en el color de un objeto: en condiciones normales, una "manzana roja será roja"; en luz tenue "será rojo-oscuro"; con poca luz "es como si fuera roja"; casi sin luz será una "manzana en escala de grises". Queremos especular con esto, que los objetos pierden su color si paulatinamente disminuye la luminosidad que los rodea; es decir, no hay un juicio infalible sobre cuál es el color real de la manzana. Con el auxilio de ejemplos como éste, los realistas pueden sostener que el objeto percibido es el único dueño de su color y, por lo tanto, es un objeto físico, porque la misma manzana, al volver la luz normal, "seguirá siendo roja". ¿Pero cuál es la luz normal que hace ver la manzana real? Eso, por cierto, nos parece que no se puede precisar con total exactitud.

Desde nuestra visión, no basta este ejemplo para probar que esta forma de ver la "realidad" es infalible, ya que el percipiente también puede generar una idea errónea de un objeto, pues el estado psicológico del sujeto que percibe puede generar más de un error perceptual. Ello causaría más de un problema a los realistas directos para defender su postura, puesto que en condiciones psicológicas negativas el percipiente no aprehenderá de manera adecuada un objeto "X". En su estado psicológico, en el acto de percepción podrán influir intereses, voluciones, estados de salud, que lo podrían alterar, al punto que "X" podría perfectamente ser "Y". Por lo mismo es que se puede pensar que todas estas condiciones pueden hacernos interpretar un objeto de una manera distinta a lo que "realmente es". Por lo tanto, si hay dos percipientes frente a un mismo objeto, las percepciones perfectamente podrían ser tan individuales como distintas.

Entonces, si se presentan condiciones negativas de luminosidad o psicológicas –como el cansancio– puede darse la ilusión que se ha percibido un objeto determinado, porque este pudo no ser percibido (es decir, se percibió otra cosa), e, incluso, pudo darse una alucinación, en el sentido que el objeto que se percibió "nunca" existió realmente. Vale decir, el realismo directo puede ser perfectamente falible, ¿pero hasta qué punto lo es (si es que lo es)? Searle (2004), de quien daremos cuenta más adelante, sostiene que muchos filósofos creen que el realismo directo es falso.

Sobre esta base, recordemos que Descartes (2000) pensaba que gran parte de lo que conocemos nos llega por los sentidos, órganos que favorecen la conexión entre nuestra existencia y el mundo externo a nosotros y a nuestra

mente; los sentidos, por cierto, posibilitan la generación de las ideas en la mente. Sin embargo, alega Descartes que los sentidos en más de una ocasión nos han engañado (evocando en su discurso, como es sabido, la existencia del *genio maligno*). Es precisamente en esta encrucijada donde el realista indirecto interviene tratando de aclarar el fenómeno de la percepción.

Realismo indirecto

De acuerdo a Dancy, "el realismo indirecto mantiene que en la percepción aprehendemos de un modo indirecto los objetos físicos que nos rodean en virtud de la aprehensión directa de objetos internos, objetos no físicos (1993: 176)". Entonces, si los objetos son no-físicos, tendrán que ser internos, sin negar radicalmente que puedan existir objetos externos. Grosso modo, el realismo indirecto arguye que es posible que un objeto sea percibido por dos personas, y por ello es que cada perceptor formará al objeto en un estado distinto. También arguye que cuando percibimos un cuerpo, es probable que este no exista, como por ejemplo, una estrella fugaz. En este caso, el percipiente solo tendrá la posibilidad de percibir indirectamente el objeto, ya que se percibió en el instante que estaba ausente.

Otro argumento del realismo directo es el de la ilusión. Se sostiene que a pesar de ilusionar un objeto, este no parece tan distinto a como realmente es. Pero, ¿quién en alguna ocasión no ha confundido en sus ropas una pelusa con algún tipo de parásito o insecto? Por ello es que se puede pensar que las argumentaciones realistas indirectas pueden ser recusadas, pues el parásito era solo una ilusión. Ante ello, los realistas indirectos piensan que si esto sucediese, si vemos un cuerpo y este "no es lo que parecía ser" entonces la ilusión es incapaz de acercarnos a lo "real". Para los realistas, lo real es la pelusa, el parásito fue un error perceptual que nunca existió, pero ¿cómo se puede decir que no existió, si el sujeto percipiente lo percibió, es decir, tuvo la experiencia perceptual de ver un parásito en vez de una pelusa?

El realismo piensa que los cuerpos percibidos tienen no solo la posibilidad de existir en el momento en que se perciben, sino también cuando se dejan de percibir. La diferencia, de manera muy sencilla, estriba en que los realistas directos creen que la realidad es algo *vis á vis* al objeto; los realistas indirectos, sostienen que la realidad es tal, incluso, cuando se ha dejado de percibir, o cuando ha surgido un intermediario. Entonces, en términos muy generales, el realismo sostiene que los objetos físicos que se perciben pueden existir, además de tener y mantener algunas propiedades cuando no son percibidos.

Hasta ahora nos hemos detenido en explicar a los realistas, tanto directos como indirectos, mostrando ejemplos y arguyendo en varias ocasiones que si bien son teorías bastante sólidas y muy lógicas, hay casos que cuestionan –y con buenos fundamentos– que no son del todo infalibles. A continuación revisaremos aquella teoría que sostiene que lo que realmente percibimos son datos sensoriales, i. e., entidades no-físicas.

Teoría de los datos sensoriales (TDS)

Huelga decir que Hume tuvo una inflexión que a nuestro parecer es fundamental. Tal inflexión se traduce en su sentencia «*es inútil reflexionar*

si hay o no cuerpos». Damos la razón al filósofo, pues será tiempo perdido el cuestionarnos si los cuerpos existen o no. Lo que sí podemos preguntarnos es lo siguiente: ¿estos cuerpos pueden ser 'construidos', 'valorados', a través de datos sensoriales? Seguiremos la línea histórica que define los datos sensoriales como entidades no-físicas a las que accedemos inmediatamente sin necesidad de intermediarios, y que dependen de lo mental para su existencia. Por lo tanto, cada dato sensorial es una entidad privada.

Un fuerte apoyo argumentativo es la ilusión. Como dijimos anteriormente, el realismo indirecto sostiene que a pesar de ilusionar un objeto este no parece tan distinto a como "realmente es". Y una ilusión se ha definido como aquella apariencia errónea que no cesa al ser reconocida como tal; por ejemplo, un bastón recto sumergido en el agua parecerá curvo². Veamos si tal definición es cierta: el ejemplo más usado para describir las ilusiones, es aquel de la varilla recta que se sumerge en un vaso de agua. Como sabemos, la varilla se percibirá torcida. Lo claro es que hay una varilla, pero no basta con pensar en solo esa posibilidad, sino más bien en la siguiente: la varilla que vemos nos parece torcida, y aun siendo recta, lo que vemos es algo torcido. Siendo así, nuestro dato sensorial es una varilla torcida, aún en circunstancias que pueden demostrar que no lo sea (lo que sabemos perfectamente, puesto que si la sacamos del vaso de agua, la veremos recta).

En torno a este ejemplo, Searle – mas solo prestando voz, no posición, a la TDS – dice lo siguiente: "en este caso voy a decir que no veo la varilla sino la apariencia, debería decir lo mismo en todos los casos, porque no hay diferencia cualitativa entre ellos" (2004: 327). Ante esta situación, el filósofo concluye que desde la teoría de los datos sensoriales se puede pensar que nunca vemos objetos materiales, por lo tanto físicos, que solo vemos los datos de los sentidos, que reflejan objetos no-físicos. En efecto, en ocasiones nuestra percepción nos ha indicado, por ejemplo, que lo que estamos presenciando es un objeto "A", mas al acercarnos a "A" nos damos cuenta que el verdadero objeto es "B". En tal caso, lo percibido se transforma en un objeto que no era el que a nuestra percepción y mente se presentó como real. Lo claro es que hubo un objeto que se percibió, y aquello, según la TDS es un dato de los sentidos.

Detengámonos ahora en el siguiente ejemplo: alguien alucina que se está comiendo a su perro, pero en realidad el perro está echado a su lado. Es decir, el perro no ha sido comido, pero la persona ha visto que se come a su perro. Lo real, dirían los realistas, es que el perro nunca fue comido, porque vive y está a su lado. Un creyente de la TDS diría que para aquel la imagen fue real, porque en tanto se vio, fue realmente comerse un perro. Entonces lo "real" se puede pensar de las siguientes formas:

A	El perro vive, nunca fue comido, en tanto nuestros datos de los sentidos posteriores a la alucinación así nos lo indican.
B	El perro, a pesar de ser una alucinación, fue comido en aquel instante, porque tal hecho para quien lo alucina es real.

² Idea extraída del *Diccionario de Filosofía* de Nicollo Abbagnano. Concepto: ilusión.

C	Entonces, lo cierto es que se vio algo, y ese algo fue un dato sensorial, por lo tanto, introspectivo. Se vio la apariencia de comer a un perro, lo que constituye la realidad para quien la percibe.
---	---

En este momento, y a partir de este ejemplo, veremos clímax de todo el conflicto generado entre realismo y la TDS.

El versus y algunas conclusiones

En primer término, destacamos que para John Searle, los puntos "B" y "C" (que están en conexión con la TDS), son completamente alejados de lo "real". Dice: "es desesperadamente erróneo (...) porque [la TDS] hace imposible dar una explicación veraz de la relación de los seres humanos y otros animales con el mundo real" (2004: 332). En efecto, Searle discrepa acérrimamente el hecho de pensar que los entes observados son no-físicos. Y para argumentar en contra de estos, lo hace desde la ciencia y desde el argumento de la ilusión.

Para explicar lo que piensa Searle, retomamos el ejemplo de ver una mesa desde la naturalidad de nuestra propia visión y desde la artificialidad de un microscopio. Si utilizamos un microscopio, será posible apreciar la mesa "real" con todas sus cualidades específicas. No obstante, el microscopio nos da como resultado la realidad de la mesa a partir de la visión que el lente del objeto nos revela. En línea con esto, nuestros ojos nos entregarán la realidad de la mesa, a partir de la visión de nuestros propios ojos. Sin embargo, hay una concordancia ineludible: ninguno de estos casos permite cambiar el sustantivo (la mesa) en relación a lo que se percibe. Ambas formas de percibir se dirigen al mismo objeto: la mesa, por lo tanto, se puede sostener que lo que vemos es un ente real, es decir, físico.

Desde el argumento de la ilusión, Searle piensa que es imposible ver "X" sin que ese "X" no sea "X", ya que la apariencia de algo es simplemente su aspecto. Y para ello, presenta el siguiente ejemplo: "Supongamos que pregunto: ¿viste que buen aspecto tenía Sally en la fiesta? No tiene sentido que mi interlocutor me conteste: Sí, vi que tenía buen aspecto, pero por desdicha no pude verla a ella. Solo pude ver su apariencia" (idem: 327).

Mediante este ejemplo, Searle pone en "jaque" a la TDS. No obstante, como un modo de librarse del "jaque mate" prácticamente inminente, los defensores de esta teoría "mueven a su rey" y rearmen el juego del siguiente modo: piensan que todavía puede uno preguntarse ¿qué será lo percibido? ¿Será la realidad del objeto, físico o no, o la realidad que mi percepción es capaz de hacer de este? Y si retomamos el ejemplo del perro, podemos pensar dos cosas: la persona percibió que se alimentaba de su perro, pero el perro, en realidad, no fue comido, sino que se encontraba echado a su lado. En ambos casos es posible sostener que estas dos percepciones son datos de los sentidos que nos dieron dos ideas contrarias, pero ninguna menos real: el perro, para quien así lo vio, se estaba comiendo (dato sensorial) / el perro, aun para quien así lo vio, nunca fue comido (dato real). Para la TDS, nos diría Pereira (2011), ambas son cosas son reales, porque no hay ninguna diferencia cualitativa entre ellas. El sujeto tuvo la experiencia perceptual de comerse a su perro, y la experiencia perceptual de verlo echado a su lado

(nunca fue comido), y en ambas pareció "real" lo percibido. Dicho de otro modo, insistentemente la TDS entiende que las dos cosas vistas (el perro que se comía y el que estaba echado) son entidades no-físicas, introspectivas, incluso en condiciones donde todo parece real y aunque lo percibido sea o no captado por otro receptor (PEREIRA: 2011). Y con lógico empeño los realistas muestran por medio de claros ejemplos (como el caso de Sally), que tal argumento no tiene sentido, puesto que lo que sucede es que los cuerpos son también vistos en forma de sustantivos, es decir, por medio de nombres. No se puede ver la apariencia de "X", sin ver a "X".

Para el realista, nadie nos puede decir que no estamos sentados frente a una mesa, cuando en realidad tenemos la misma mesa, que nosotros mismos escogimos y compramos, y que hemos utilizado para leer y escribir durante más de veinte años. Resultaría ilógico que nos dijeran: 'todos estos años has leído y escrito apoyado de una apariencia de mesa', como tampoco nos podrían decir (en la línea de Searle) 'lo que tú ves es la apariencia de la mesa en que escribes y lees, pero no ves la mesa; la mesa es el cúmulo de datos sensoriales, entidades privadas y no-físicas'. Esto sería demasiado confuso, no aportando mucho en la comprensión de nuestra manera de relacionarnos con el mundo exterior a la mente. Bastaría solo tomar la mesa y dejarla caer sobre los pies de quien nos dice que es una entidad no-física, privada, para saber si seguirá pensando lo mismo. Por ello, nos parece que Searle tiene, hasta ahora, excelentes argumentos en contra de la TDS. Lo que hacemos, al parecer, es captar la realidad y, mediante la experiencia con ella, asumirla como una existencia real: la mesa es en sí y no depende de nuestra entidad privada para ser lo que es. En este contexto, la realidad no necesita de la 'construcción' de cuerpos físicos a partir de datos sensoriales (entidades no-físicas y privadas). Ejemplos como el de la mesa favorecen pensar que la realidad es por sí misma e independiente del ámbito mental.

Ahora bien, es justo destacar que, en cuanto a algunos ejemplos anteriores, menester es aclarar que una ilusión supone una representación distinta de un objeto. El objeto estaba, y a pesar de no ser lo que se percibió de él, no fue visto lo que "realmente era". Si bien una alucinación no precisa de un objeto que luego de alucinar estuviese ahí, no se puede decir que nada se vio (PEREIRA; 2014). No tenemos cómo decirle a alguien que no se vio comiendo a su perro, si este así lo vio. Lo que sí podemos decirle, es que el perro vive y está a su lado; por lo tanto, no fue comido.

Lowe (2000: 103) explica estos fenómenos ilusorios mediante el siguiente ejemplo: "alguien podría parecer que ve –quizá bajo el efecto de alguna droga– una serpiente zigzagueando por el suelo cuando realmente en el suelo no hay nada más que una simple alfombra", y concluye que en este ejemplo, el teórico de los datos sensoriales siempre diría que el ver una serpiente en la alfombra es tan similar a una experiencia de ver una serpiente "real". Y parece fácil, en este punto, que nos tentemos a concordar con esta reflexión, ya también especulada con los ejemplos anteriores. En el mundo "real" tanto las alucinaciones como las ilusiones existen, y, a veces, quizás muchas veces, ni siquiera nos damos cuenta cuando estas son experimentadas (idem, 103-107).

Un realista podría argumentar que si no hubiese factores que influyen sobre el medio circundante, o estados psicológicos adversos, no habría alucinaciones ni ilusiones, lo que ilustra bien una pregunta que nos hicimos anteriormente, ¿quién no ha confundido en su ropa a un parásito con una pelusa? Pero, ¿qué nos podría asegurar que todo lo que vemos diariamente es real, y no que parte de ello pertenece al fenómeno de la ilusión?

Dado esto último, es decir, ante la existencia real de las ilusiones, es que el teórico de los datos sensoriales toma como postura que todo aquello que se presente a la percepción no es más que datos de los sentidos que se ubican en el espacio fenoménico conformado por la totalidad de elementos en nuestro horizonte perceptual, los que para ser percibidos, como señalaba Russell, dependen de factores tales como desde donde se le mira, de la luminosidad ambiente, o de la condición psicológica del percipiente. Por ello es que se puede pensar que cuando percibimos, no percibimos lo real: la mesa no es lo que parece, dejó de ser lisa cuando se la miró microscópicamente; el perro dejó de ser animal comido cuando se descubrió que estaba vivo; el parásito no era parásito, sino una pelusa.

Sea cual sea la naturaleza de lo percibido, dadas estas dudas empíricas no se puede tener real certeza de lo que se ve; es decir, nuestra percepción de lo "real" visto como objeto físico no es infalible. Por ello es que es posible pensar que los datos que nos entregan los sentidos hacen lo real y que todo lo percibido son datos sensoriales, y aun cuando provengan de objetos físicos. En otras palabras, lo real sería nada más que aquello que se percibe en la inmediatez y en cualquier estado mental o bajo cualquier condición del medio ambiente circundante. Sin embargo, desde otra visión, también es perfectamente posible decir que lo "real" es y será "real" si "tal y cual es el caso", esto es, si lo que vemos es realmente "lo que es".

A modo de conclusión

La verdad más obvia sobre el asunto es que los seres humanos somos percipientes por naturaleza. Aprehendemos lo que nos parece real a través de los sentidos, órganos que nos permiten conectarnos con el mundo externo y acceder al conocimiento. Y si se considera un objeto como real, también se puede considerar un objeto como posible. Cuando se trata de un objeto "real", este, al percibirse, debe ser tal como es en sí. Al contrario, un posible objeto, se percibe como debe ser. En ambos casos, los realistas sostienen que los objetos pueden ser reales solo si efectivamente se comprueba que son reales, y que las ilusiones o alucinaciones no son más que una idea equívoca de lo que se percibe; es decir, en estos casos no sería real lo percibido. Por ello se cree que los objetos son dueños no solo de sus características, sino también de su existencia; por lo tanto, son objetos físicos que pueden existir incluso cuando no son percibidos.

Sin embargo, también parece válido pensar que los objetos percibidos pertenecen al ámbito mental, con su carácter introspectivo. Ello es así, porque los sentidos nos entregan datos sobre la realidad; vale decir, no la realidad misma. Por lo tanto, los objetos solo pueden tener la forma de figuraciones mentales –son entidades no-físicas– y que al experimentar

con ellas se genera la idea del objeto. Los objetos son, en este caso, datos sensoriales.

Finalmente, y a pesar de todo lo dicho, creemos necesario seguir preguntándonos ¿qué se percibe cuando se percibe? Por cierto, es muy difícil saberlo con total seguridad.

Bibliografía

- ABBAGNANO, N., (2007) *Diccionario de Filosofía*. Revisión de Pedro Torres Aguilar. México DF: Fondo de Cultura Económica, 4ª reimpresión.
- BALMES, J., (1968) *Filosofía elemental*. Barcelona: Zeus.
- DANCY, J., (1993) *Introducción a la epistemología contemporánea*. Traducción de José Luis Prades Celma. Madrid: Tecnos.
- DESCARTES, R., (2000) *Meditaciones metafísicas*. Traducción de José Antonio Mígués. Santiago de Chile: Universidad ARCIS.
- FERRATER MORA, J., (1979) *Diccionario de Filosofía, Tomo II*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GIANINNI, H. (2005) *Breve historia de la filosofía*. Santiago de Chile: Catalonia.
- HUME, D., (1984) *Tratado de la Naturaleza Humana, Tomo I*. Traducción de Félix Duque. Barcelona: Orbis.
- LOWE, E.J., (2000) *Filosofía de la mente*. Madrid: Celesa.
- MENANTEAU, R., (1979). *El idealismo filosófico*. Santiago de Chile: Universitaria.
- PEREIRA, F. (2014) *Representacionalismo, disyuntivismo y el problema de la alucinación, Filosofía UNISINOS*, Brasil, Vol. 15.
- PEREIRA, F. (2011) *Sense-Data, Introspection and the reality of appearances*. Revista Praxis Filosófica, Santiago de Cali, Colombia, Volumen 33, julio-diciembre.
- PEREIRA, F. (2008) *Percepción, contenido intencional y singularidad*. Revista de Filosofía Universidad de Chile, Santiago, número 64.
- PEREIRA, F. (2008) *Hume y la imposibilidad de concebir un realismo externo*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- RUSSELL, B., (2014) *Los problemas de la Filosofía*. Buenos Aires: Libera los libros.
- SEARLE, J. (2006) *La mente. Una breve introducción*. Traducción de Horacio Pons. Santiago de Chile: Norma.

Artigo recebido em 17/05/2015

Artigo aceito em 25/08/2015